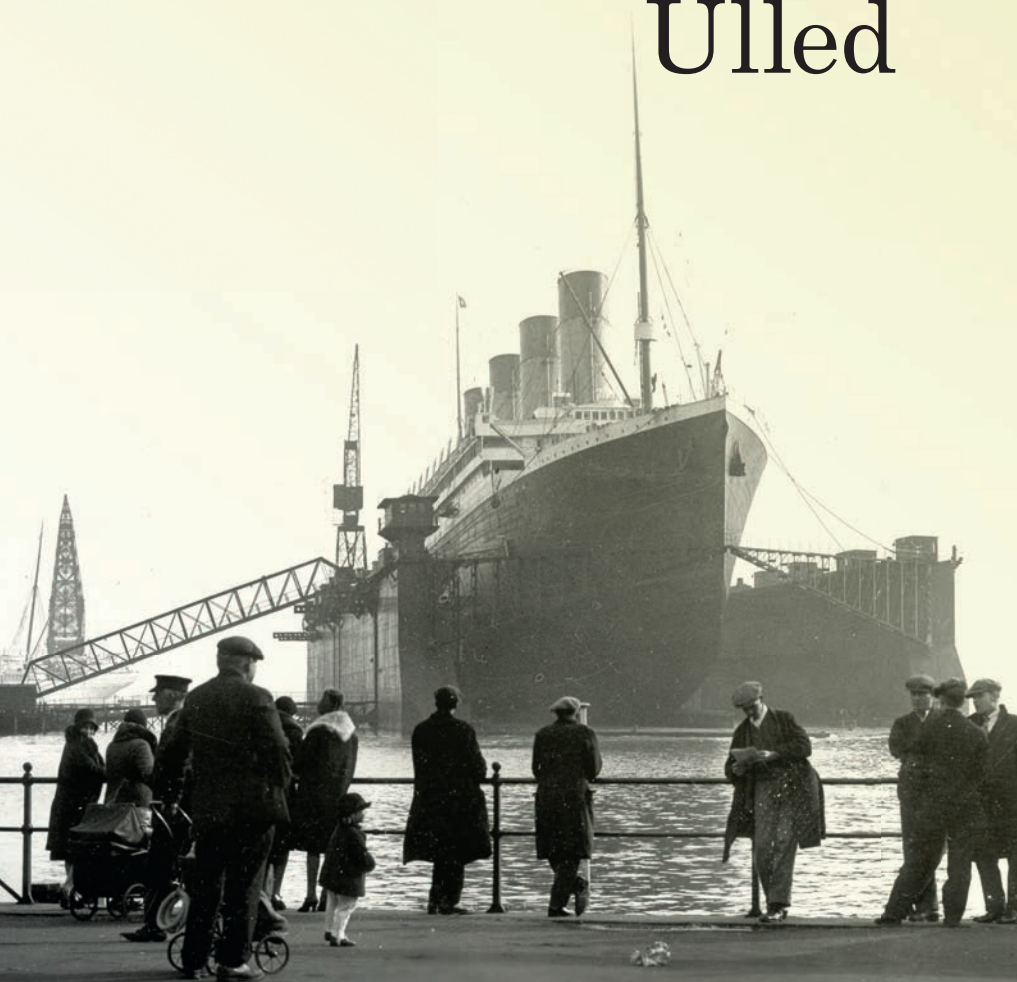




Final de travesía Jesús Ulled



Final de travesía

Jesús
Ulled

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1363

© Jesús Ulled, 2016

© Editorial Planeta, S. A. (2016)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2016

ISBN: 978-84-233-5068-1
Depósito legal: B. 2.240-2016

Impreso por Black Print

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Camino del exilio

Una ráfaga de aire frío y húmedo le devolvió a la realidad de aquella inhóspita mañana de principios de mayo de 1937. Acodado en el pasamanos del *Catania*, sus pensamientos volaban lejos y apenas prestaba atención al ajetreo de los pasajeros que se despedían, con gritos que ya nadie podía oír en la distancia, de parientes y amigos que agitaban manos y pañuelos en el muelle del puerto de El Havre, conscientes de que sus gestos se difuminaban a medida que el buque se alejaba, pero deseosos de prolongar el momento del adiós, porque intuían que, quizá, los que se marchaban nunca regresarían.

A Antonio Altemir no le estaba despidiendo nadie. Tampoco le importaba, por más que habría resultado insólito que alguien viniese a hacerlo a aquel puerto tan alejado de su país y tan indiferente ante el sufrimiento de muchos de los que viajaban en aquel barco. Escapaban, como él, del horror y del miedo de una guerra entre hermanos, la más terrible de todas las posibles. Algunos dejaban atrás seres queridos a los que nunca volverían a ver; otros, tumbas en las que jamás podrían depositar un ramo de flores. Y la mayor parte viajaban sin un horizonte preciso ni un futuro predecible a países de los que apenas sabían nada. Unos, con el único capital de sus manos y de su voluntad de salir adelante a costa de su esfuerzo y su sacrificio. Otros, pocos, con el dinero que habían podido poner a buen recaudo.

Visto de este modo, él podía considerarse afortunado. Alguien le estaría esperando al final del viaje para brindarle un nuevo comienzo. Pero le atormentaba la certeza de que nunca podría dejar de volver la vista al pasado, y sentía rabia y frustración por todo lo que había dejado atrás y nunca iba a recuperar. Lucha, ilusiones, sacrificio, peligro de muerte a veces, cárcel. En suma, una vida entera dedicada a convertir en realidad palpable aquellas ideas que, por una paradoja cruel, sólo pretendían mejorar la existencia de los que apenas un año atrás le habían perseguido a muerte.

Los últimos meses habían sido de absoluta soledad y de absoluto desarraigo de todo lo que representaba su vida anterior. Aislado en una celda de la cárcel de Burgos sin saber el porqué de su encierro, con la siniestra música de fondo de las descargas que cada amanecida anunciaban el fusilamiento de algún desgraciado tan inocente como él, se desesperaba maldiciendo el impulso insensato y el error de cálculo que le habían llevado a creer que los rebeldes cumplirían con su promesa de restaurar el orden en España. Había abandonado la seguridad del exilio en París para regresar a su país en guerra y presentarse en el cuartel general de las tropas de Franco. Aún sentía un escalofrío al recordar el gesto despectivo con que se hizo cargo de sus credenciales de cargo público de la República el capitán que le recibió en el cuerpo de guardia, la espera sin explicaciones en una habitación gélidamente desnuda, con cuatro únicas sillas por todo mobiliario, y su estupor cuando aquel mismo oficial le comunicó que debía acompañar un piquete camino de la prisión.

De no haber sido por la providencial intervención del general Cabanellas, que le sacó de la cárcel valiéndose de su rango y pasando por encima de los gerifaltes de la prisión, a estas alturas estaría seguramente en una fosa común. Las palabras con que lo recibió su valedor, al recogerle en su coche oficial a la puerta de la prisión, le abrieron definitivamente los ojos a la realidad.

—Amigo mío, su exceso de sentido del deber ha podido costarle la vida. No entiendo cómo se le pudo ocurrir dejar la tranquilidad de París para venir a Burgos. Aquí, desgraciadamente, la única lealtad que cuenta es la de los rebeldes. Los que profesan otras distintas y además, como usted, han ostentado cargos de responsabilidad en el Gobierno de la República, corren el riesgo de enfrentarse al pelotón de fusilamiento, como ha estado usted a punto de comprobar en carne propia.

Apenas unos meses después del inicio de la sublevación, Cabanellas y él compartían la misma decepción y el mismo escepticismo respecto a los objetivos del general rebelde. Los dos, cada cual desde su particular posición, habían supuesto ingenuamente que aquella intervención militar tenía como finalidad el restablecimiento de un Gobierno de orden en una República acorde con sus ideales. A él aquel error le había llevado al borde del paredón, y se preguntó hasta dónde podía trasladar a Cabanellas su manifiesto desacuerdo con el rumbo que estaban tomando los acontecimientos bajo el mando del general Franco. Sentía una especial simpatía por aquel militar de brillante ejecutoria que se había labrado un sólido prestigio y el respeto de los de su clase creando en África las primeras unidades de tropas regulares de Caballería y que, detalle poco frecuente entre los de su clase, hacía gala de ideas liberales y republicanas.

Aquellas firmes convicciones ya le habían llevado a Cabanellas a evidenciar sin ambages su discrepancia con la política dictatorial de Primo de Rivera, lo que, entre otros sinsabores, le costó ser depuesto de su cargo de gobernador militar de Menorca y pasado a la reserva. Desde su nueva situación se había volcado activamente en propiciar cualquier movimiento de oposición al dictador y se sumó sin reservas al fracasado complot organizado por Sánchez Guerra en el 29, en un intento de provocar la caída de Primo.

Altemir había disfrutado frecuentemente en los pasillos, y sobre todo en el bar del Congreso, de la conversación, siempre brillante y apasionada, del general, cuando este obtuvo un acta de diputado por el Partido Radical en las Cortes del llamado Segundo Bienio Republicano. Le fascinaba la personalidad de aquel militar tan distinto de los que había tenido oportunidad de tratar —y en algún caso de padecer— a lo largo de su carrera como político y como periodista. Cuando lo conoció superaba ya los sesenta, pero conservaba su porte marcial, coronado por una cabeza ennoblecida por una poblada barba y una cabellera que era la envidia de muchos, ambas completamente canas. Compartían una lealtad sin fisuras hacia Lerroux, su jefe político, y bromeaban a menudo con la negativa de Antonio a adherirse a la masonería, a la que pertenecía el general, por más que sus dos hermanos mayores, Rafael y Pepe, fuesen miembros distinguidos de la logia barcelonesa de aquella especie de sociedad de socorros mutuos, como la consideraban sus detractores, lo que les había dado a todos ellos más de un disgusto durante los años de la dictadura, pues era bien conocida la animadversión de Primo de Rivera hacia aquella organización de tintes secretistas.

El sonido penetrante de una sirena le distrajo de sus pensamientos. Estaban navegando junto al *Normandie*, majestuosamente atracado en uno de los muelles, aquella joya de la marina mercante francesa cuya botadura en 1935 supuso un evento de repercusión mundial, y que ya en su viaje inaugural le arrebató a Italia la Banda Azul, un trofeo que se obtenía al superar las marcas de velocidad establecidas para la travesía del Atlántico. Al contemplar, deslizándose ante sus ojos, la enorme mole de aquel transatlántico concebido para el lujo y la comodidad de los privilegiados pasajeros, Antonio Altemir volvió a preguntarse si el viaje que acababa de emprender no sería otra

decisión equivocada. Al llegar a El Havre imaginó incluso la posibilidad de embarcar en aquel palacio flotante rumbo a Nueva York, donde podría contactar con algunos grupos que ya empezaban a plantear la necesidad de hacer frente al rampante fascismo que amenazaba implantarse en la estratégica España. Seguramente encontraría allí la manera de regresar a su país para formar parte de algún tipo de oposición armada, y defender los principios de libertad por los que siempre había luchado.

En cambio, navegaba rumbo a Buenos Aires para cumplir la promesa que había hecho en París a Elisa, la mujer que lo había dejado todo para acompañarle en los peores momentos de su vida. Cuando decidió que su condición de ex alto cargo del Gobierno de la República le obligaba a volver a la España nacional, ella ya estaba esperando un hijo. La noticia le trastornó profundamente, por lo inesperada. Nunca se había visto en el papel de padre, y ahora, en aquellos momentos de desconcierto, saber que aquella muchacha iba a darle un heredero le confirmó, una vez más, lo importante que era ella en su vida.

En su camino de vuelta a España la había acompañado desde París hasta Marsella, donde la dejó a bordo de un buque francés mixto de carga y pasaje que hacía la ruta de Buenos Aires, con escala en Dakar. Un viaje incómodo, por la falta de confort del barco y la duración de la travesía, que ella asumió con la misma confiada tranquilidad con que había aceptado sus decisiones desde el mismo día en que se conocieron, años atrás, en Barcelona. Había venido desde Argentina con su madre y su hermana para disfrutar de un tranquilo recorrido turístico por España, y decidió, sin dudarle un momento, no regresar con ellas y quedarse junto a un hombre al que acababa de conocer. Aceptó sin exigencias sus ideas libertarias, contrarias a cualquier forma de compromiso, y también el tipo de vida que había llevado durante sus años de periodismo, que le convirtieron, mitad por necesidad profesional mitad por gusto personal, en un noctámbulo impeni-

tente, siempre bien recibido en los mejores cabarets, de los muchos que hacían de Barcelona una de las ciudades más animadas de Europa. Las aventurillas con cupletistas y vicetiples eran normales para quienes no querían comprometerse con los lazos del matrimonio.

Su atractivo juvenil y su carácter apacible y risueño había resultado un balsámico remanso de paz. Ella no era una mujer débil; al contrario. Antonio se preguntaba a menudo por el sentido de aquella relación que tantos factores tenía en contra. Las últimas palabras de Elisa al despedirse de él en el puente del barco eran el compendio de sus sentimientos: «Ven pronto, por favor. No nos dejes solos».

Ahora ella regresaba a Buenos Aires, donde había vivido desde niña con su corta familia, es decir, con su madre, su hermana, una tía y una prima. Si las cosas se torcieran y él no pudiera reunirse con ella como le había prometido, sabía que estaría protegida y apoyada cuando su hijo viniese a este mundo. Tanto su madre como su tía habían tenido destinos paralelos en España, víctimas de sendas uniones desafortunadas, y de común acuerdo, con un arrojito insólito para la época, decidieron poner tierra de por medio y marcharse a la Argentina en busca de una vida nueva. Y ciertamente la habían encontrado: su tía se había casado con un acaudalado estanciero que la trataba como a una reina, y la madre, gracias precisamente a la ayuda económica de aquel cuñado surgido de la Pampa, consiguió abrirse camino con un restaurante que frecuentaba lo mejor de la colonia española para aliviar su nostalgia reencontrándose con los sabores del terruño que la propietaria reproducía sabiamente en sus fogones.

Antonio quizá no había sabido valorar en su justa medida lo que supuso para esa mujer la decisión de su hija. Pero, encerrado en la prisión militar de Burgos, sólo había tenido pensamientos para aquella muchacha que le había ofrecido su juventud, sobrecogido ante la idea de no volver a verla y de no poder conocer a su hijo. Ahora le con-

sumía la impaciencia por llegar a su destino, cuando apenas acababan de soltar amarras. Sin embargo, a pesar de sus sentimientos y del ansia por reencontrarse con Elisa, su conciencia de político le reprochaba lo que parecía una huida. Abandonaba su país cuando todo aquello por lo que había luchado desde sus primeros años, la libertad y la justicia social, se venía abajo, y nada auguraba que pudiese recuperarse en mucho tiempo, puesto que el encono con que se enfrentaban los dos bandos anunciaba un porvenir lleno de rencores, fuera quien fuese el vencedor.

Los días que siguieron al alzamiento militar del 18 de julio fueron de aterrorizada angustia. Antonio se encontraba en aquellos momentos en Barcelona y pudo esconderse en el piso de unos buenos amigos. Su hermano Rafael, menos precavido que él, había sido detenido por los milicianos y estaba recluido en el *Uruguay*, un barco-prisión anclado en el puerto de Barcelona, acusado del único delito de ocupar un cargo en el anterior Gobierno de la República. Sin embargo él, más afortunado, había encontrado la manera de salir del país. La primera etapa de su viaje fue el consulado francés, al amparo de la extraterritorialidad diplomática. Pocas horas después, un automóvil con matrícula diplomática le trasladaría al puerto para embarcar, junto con un grupo heterogéneo de civiles que intentaban dejar atrás el conflicto, en un buque de bandera francesa con rumbo a Marsella, desde donde se proponía llegar a París para reunirse con Elisa. Antonio había tenido la precaución de que ella viajara unas semanas antes, amparada por su pasaporte argentino.

Y ella, que gracias a su educación en el colegio de las monjas francesas de Buenos Aires, al que acudía lo más esnob de la burguesía porteña, hablaba un francés fluido, dedicó sus primeros días en París a buscar un lugar donde ambos pudieran vivir, un rincón que les proporcionase una ilusión de hogar, en lugar de la impersonalidad del

hotel Mont Thabor. Este hotel era propiedad de un español y se había convertido en el puerto de arribada de buen número de españoles, cuya principal ocupación era curiosear en las circunstancias de los demás huéspedes, como ellos huidos de la guerra. Callejeando por París, Elisa dio con un apartamento *meublé* en las proximidades de la Place de Clichy, que la sedujo por su emplazamiento en pleno Montmartre, en la encrucijada de cuatro *arrondissements*. Desde su ventana se podía contemplar la imponente estatua del mariscal de Moncey, que en 1814 defendió allí mismo la Puerta de Clichy de la invasión rusa y que ahora soportaba desde su pedestal, impertérrito, la proliferación de pequeños restaurantes, cinematógrafos y salas de arte que revestían al barrio de su animada personalidad. Pero lo que la inclinó definitivamente por aquel pisito, acogedor pese a sus reducidas dimensiones, fue descubrir en la casera a un personaje amable y comprensivo con el que estableció de inmediato una relación de confianza.

Madame Berthet era una bretona de aire saludable cuyo marido había caído en el frente a finales de la Gran Guerra, dejándola viuda en su primer año de matrimonio. Debía de contar algo menos de cincuenta años y, pese a su buen aspecto, no se había vuelto a casar. Inmediatamente tomó bajo su protección a la *petite espagnole*, que por edad bien podría ser la hija que nunca tuvo. La soledad y la distancia son mala medicina para los pensamientos, y a menudo Elisa se dejaba llevar por el pesimismo y las dudas. La falta de noticias le hacía imaginarse a Antonio en manos de los milicianos, o peor, sin acordarse para nada de ella. Entonces madame Berthet se constituía en amiga y confidente, y le devolvía las esperanzas. Y cuando un escueto telegrama le anunció que Antonio había desembarcado en tierra francesa, poniendo así fin a sus temores, fue madame Berthet quien descorchó la botella de champán que reservaba para quién sabe qué gran ocasión.

París bullía en aquellos días de refugiados españoles, y a veces podía resultar incómodo toparse con algún francés

exaltado, contrario a cualquiera de los dos bandos que luchaban al sur de los Pirineos. Pero Antonio, libre de la incertidumbre de los primeros días de la revuelta militar, cuando fue perseguido por su ejecutoria política en una Barcelona en armas, y estimulado por el amor y la juventud de Elisa, sólo podía disfrutar de las bellezas de la capital francesa. Conocía o reconocía, de la mano de la muchacha, que en pocos días se había convertido en una parisina de adopción, lugares que en anteriores viajes de carácter profesional, y por consiguiente breves, ni siquiera pudo intuir. Se paseaban como dos novios por los bulevares, o paraban en un *bistrot* descubierto al azar, queriendo convencerse de que sólo existía aquel presente y que lo que habían dejado atrás o el incierto porvenir no les afectaban. Vivían con prudente modestia, intentando estirar el dinero que él había depositado en París y no pensar en lo que sucedería si la situación se prolongaba más allá de lo que algunos habían pronosticado, en una estimación ingenua de la intensidad y la crudeza de la lucha en que se habían enzarzado los españoles.

Pero la realidad suele ser enemiga de este tipo de ilusiones, y la pareja no podía sustraerse a los periódicos que día a día daban el parte de la contienda española, cada cual según su tendencia, ni a la radio que madame Berthet tenía como su más preciada posesión y que les dejaba escuchar por las noches en su cuchitril de la planta baja.

Llevaban en París desde septiembre del 36, y las primeras semanas habían sido para Antonio, en cierta medida, como unas inesperadas vacaciones, las primeras después de muchos años enfrascado en la lucha política y en tirar adelante el periódico que había fundado para apoyar desde allí sus convicciones. Celebraron la Navidad y el Año Nuevo solos en su pisito de Clichy, con una cena que Elisa preparó con la ayuda de madame Berthet, quien finalmente había decidido aceptar su invitación y subir a las doce menos cinco de la noche para brindar con ellos por el año incierto que empezaba. Elisa añadió una inesperada

sorpresa a la velada comunicando su embarazo, dejando a un Antonio anonadado por la noticia y a una casera exultante porque su *petite espagnole* iba a traer al mundo una criatura. Quizá, a tenor de las circunstancias, finalmente el pequeño no vendría al mundo en París, pero siempre conservaría, según la buena mujer, el encanto de haber sido concebido en la Ciudad de la Luz.

El *Catania* ya había rebasado la bocana del puerto y navegaba por un mar inusualmente encalmado mientras los pasajeros que aún quedaban en las cubiertas se encaminaban a sus camarotes para tomar posesión de lo que sería su reducido hogar durante la travesía. Antonio, sin embargo, permaneció en el mismo lugar contemplando la estela que le alejaba de lo que había sido su mundo hasta entonces. Era como el símbolo de la ruptura irreversible con una historia personal repleta de sacrificio, de lucha, y también de innumerables éxitos y compensaciones. Estaba dejando atrás, quién sabía si para siempre, aquello que había llenado su existencia a partes iguales: el periodismo y la política. Era consciente de que estaba en el principio de otra vida, que en aquel momento se le antojaba incierta. Navegaba hacia un futuro desconocido en el que le aguardaba la responsabilidad de una inesperada paternidad, sin más armas ni más medios que su propio talento.